

Estatuas del Paseo de la Reforma



Biografías de 77 personajes
en la Historia de México



Presentación
Mgdo. Dr. Álvaro Augusto Pérez Juárez



TSJCDMX



Distrito Federal

Leandro Valle

Había salvado la vida de muchos de sus contrarios; había prestado servicios inolvidables a las familias de sus más encarnizados enemigos; había sido noble siempre con los vencidos. Y al caer prisionero, cebáronse en él la ira y el rencor, y con crueldad sin ejemplo fue sacrificado.



Del escultor
Primitivo Miranda



GENERAL LEANDRO VALLE

Héroe y mártir entre los adalides de la Guerra de Reforma, el general Leandro Valle tenía justos títulos para que su estatua se irguiese en el primer paseo de la República, que lleva el nombre de Paseo de la Reforma, para perpetuar el recuerdo de uno de los más grandes periodos de nuestra moderna historia política; pues si bien fue corta la existencia de Valle, toda ella estuvo consagrada a la patria y a la conquista de los principios que la han regenerado y engrandecido.

Hijo de don Rómulo Valle, antiguo patriota que desde 1811 prestó eminentes servicios a la nación, el general Leandro Valle nació en la ciudad de México el 27 de febrero de 1833. A la edad de once años entró al Colegio Militar, donde se distinguió por su talento y aplicación, mereciendo el primer premio en su primer examen. El 30 de noviembre de 1845 se le confirió el empleo de sargento segundo, previa la aprobación del consejo de profesores. En 1847 le ascendió a subteniente el señor Gómez Farías. Joven como era, comenzó a distinguirse en esta época, dando pruebas de valor y serenidad en el combate, con motivo del pronunciamiento llamado “de la Profesa, o de los Polkos”, pronunciamiento de execrable recordación, pues a él se debió la toma de Veracruz por los yanquis. Algunos meses después, Valle figuraba entre los

defensores de la nación, militando a las órdenes del general Álvarez, primero, y, después, a las de Banuet. Cuando este valiente cayó herido, Valle le hizo conducir a su propia habitación y continuó peleando con brío en Puente Colorado.

En 1850 estudió física y mecánica, obteniendo como siempre el primer premio, y alcanzando la honrosa distinción de que se le designase para ir a Francia a continuar sus estudios, lo que por entonces no pudo realizarse por falta de recursos del gobierno.

El 29 de marzo de 1853, habiendo terminado el segundo periodo de su carrera científica, fue nombrado teniente de ingenieros, segundo ayudante del batallón de zapadores, cuerpo de gran renombre por lo decente e instruido de su oficialidad, y el 1º de junio del mismo año fue ascendido a capitán segundo del mismo cuerpo, por el general Santa Anna.

Al año siguiente (30 de agosto) recibió el despacho de capitán primero, encargado de la oficina administrativa de la Compañía de Zapadores de la Guardia. Hallábase en Puebla cuando se supo que el gobierno había reducido a prisión al señor Valle, su padre, y en el acto se presentó al gobernador y comandante general del estado, pidiéndole su licencia absoluta, porque, decía, *no le era posible servir a un gran*

gobierno que no respetaba al autor de sus días.

Después del triunfo de Ayutla, el general Álvarez designó a Valle para que formara parte de la legación a Estados Unidos; pero Comonfort revocó el nombramiento, recompensándole los servicios que había prestado en el Sitio de Puebla (1856), enviándole a París. Tan escasos recursos le proporcionó el gobierno, que hubo de limitarse a visitar algunas de las primeras capitales de Europa, regresando a su patria a fines de 1857, sin haber podido, como deseaba, perfeccionar su educación en alguno de los grandes colegios del Viejo Mundo. Era entonces capitán primero del primer batallón de Zapadores.

En 1858, Valle, que era fiel sostenedor de la causa liberal, después de haber intentado, aunque sin fruto, sacar de Santo Domingo el batallón de Zapadores, salió de la capital el 24 de enero para unirse al ejército que en Salamanca había reunido la coalición de los estados. Distinguióse por su bizarría en las acciones de 9 y 10 de marzo, y en la que se dio el 20 del propio mes en Santa Ana Acatlán, debiendo a ellas el ascenso a teniente coronel de Ingenieros. En noviembre del mismo año Valle tomó parte en la acción de Cuevitas, en la que fue derrotado el general Casanova, y en el asalto y toma de Guadalajara se apoderó personalmente de un fortín. Don Santos Degollado le ascendió por este comportamiento a coronel efectivo de infantería, con retención de su empleo de teniente coronel de Ingenieros, y en mayo de 1859 dióle el grado de

general de Brigada por sus señalados servicios en el valle de México.

Rotas y destrozadas las fuerzas liberales en el sur de Jalisco (24 de diciembre de 1859), logró Valle reunir los escasos restos de la primera división, y con ella batió en el punto llamado la Coronilla al ejército reaccionario, quitándole la artillería, el parque y cuanto llevaba, con lo que se reanimó el espíritu público.

Cuando en junio de 1860 emprendió el general Uraga el ataque de Guadalajara, el haber caído herido este jefe causó el mayor desaliento y el más completo desorden en las fuerzas liberales. Para salvar el peligro fue necesaria la serenidad, fue indispensable la energía de los jefes que concurrieron a aquella infausta jornada. Entre ellos, Valle se distinguió no sólo por el valor, sino por su pericia militar, como lo hizo también después en Silao, en Guadalajara y en la batalla de Calpulalpan. En estos dos últimos combates Valle desempeñó las importantes funciones de *cuartel maestre*, mereciendo que el general Zaragoza, entonces general en Jefe, le dirigiese con fecha 4 de noviembre una comunicación honrosísima en la que se le dice que todo lo hecho era de su aprobación y le daba, a nombre del gobierno y en el suyo propio, las más expresivas gracias por la actividad con que procedió, y a la que se debía el triunfo alcanzado. No menos esforzado se mostró en la célebre batalla de San Miguel de Calpulalpan.

Gran renombre había conquistado con estas acciones, y no es de extrañar,

por lo mismo, que el voto popular le llevara al Congreso de la Unión como representante de Jalisco. Valle sostuvo en la Cámara los mismos principios que en los campos de batalla durante tres años de continuo pelear.

Poco tiempo hacía que el gobierno le había entregado el despacho de general de brigada efectivo, cuando fue electo diputado, y para entrar a desempeñar sus funciones tuvo que separarse del puesto que tenía, de jefe de las armas en el Distrito Federal.



En 1861, devorado el país por la guerra civil, Valle, cuya constancia y cuya lealtad estaban a prueba de los mayores sacrificios, volvió a empuñar las armas. Hecho prisionero en el Monte de las Cruces, después de una acción desgraciada para el partido liberal, fue fusilado por orden del general vencedor, don Leonardo Márquez, el 23 de junio de 1861, cuando apenas contaba veinticinco años de su edad.

¡Qué esfuerzo tan supremo necesitamos hacer para no manchar las páginas de esta obra con las frases de la indignación que se desborda al recordar la crueldad inaudita del hombre que así tronchó una existencia que tantos días de gloria pudo haber dado a la patria!

Valle, generoso como todos los valientes, había salvado la vida de muchos de sus contrarios; había prestado servicios inolvidables a las familias de sus más encarnizados enemigos; había sido noble siempre con los vencidos. Y al caer prisionero, cebáronse en él la ira y el rencor, y con crueldad sin ejemplo fue sacrificado...

¡Con cuánta razón dijo el general Riva Palacio, en la oración fúnebre a Valle, estas palabras!:

Cuando considero, señores, el cadáver de Leandro pendiente de un árbol, como el de un facineroso, despojado de sus vestidos y expuesto a la burla de una soldadesca desenfrenada; cuando recuerdo ese cadáver cubierto de sangre, el cerebro hueco, la boca sangrienta y los ojos entreabiertos, pero sin brillo ni luz, con los brazos en la horrible po-

sición en que fue suspendido, entonces la sangre se agolpa en mi corazón, mis nervios se estremecen, se me eriza el cabello, se me embarga la voz y siento que de mi pecho se escapa un rugido de venganza y maldición...

Si Leandro Valle hubiese vivido, habría llenado con sus glorias las páginas de nuestra historia contemporánea, habría llegado a los puestos más eminentes y contribuido como el mejor al engrandecimiento de México; tenía para lograrlo las dotes necesarias; bien lo demuestra la aureola que circunda su nombre, a pesar de haber sido tan rápida su carrera, tan breve su existencia. Soldado valiente y leal, hombre honrado y generoso, Valle a los veinticinco años de edad era uno de los primeros generales mexicanos.

El amor le circuía —dice un escritor—, las balas parecían respetarlo, los jóvenes se lo apropiaban, los viejos se complacían con una juventud tan hermosa. Pronto en la acción, elocuente en la palabra, jovial en la vida privada, nunca el rencor empañó su espíritu; una buena acción le conmovía hasta las lágrimas; el amor a sus padres y a sus hermanos era la vida de su corazón. Esa hermosa vida que formó remanso en un bosque de laureles. Cuando el rayo de un amor virginal venía a desatar con su casto halago nuevos tesoros de ilusiones y de esperanzas, lo llamó la voz del deber, y del centro de un festín partió para el patíbulo.

Después de su desastre, cuentan testigos presenciales que en el mismo cua-

dro en que se le iba a fusilar, al lado del árbol tronchado de que fue suspendido, después de haber escrito dos cartas, tesoros de ternura, de misericordia y de grandeza de alma, se volvió a sus enemigos y les dijo haciendo alto:

—Díganme ustedes, ¿cómo ha sido esta derrota?

Le explicaron que creyendo combatir a sólo Gálvez, Márquez le había sorprendido.

—Bien —dijo sonriendo—, no hay remedio.

Instáronle para fusilarlo como traidor.

Rechazó la nota infame: protestó su consecuencia de sentimientos.

Degeneraba en porfía... se reclinó en el árbol, y sonriendo y con voz entera dijo: —¡Fuego!

So oyó una horrorosa detonación, le envolvió el humo como un sudario, y como un velo con que el mismo asesino lo ocultaba... cuando desapareció el humo se movía convulso, en pie, abrazado a su patíbulo.

Así murió Leandro Valle. La patria reconocida ha cuidado de que el nombre del noble soldado de la Reforma no caiga en el olvido, y así, lo mismo en las páginas de la historia, que en bronce de un monumento, presenta a Leandro Valle como uno de los mexicanos cuya vida y cuyos hechos deben imitar las nuevas generaciones si anhelan gloria para sí y honra para la nación.



aj

2017.

*Año del Centenario de la Promulgación de la Constitución Política
de los Estados Unidos Mexicanos*

Dirección General de Anales de Jurisprudencia y Boletín Judicial

Dirección de Anales de Jurisprudencia y Publicaciones